

- El Analista de las Cien Mil Horas

Emilio Rodríguez

"Haga una pequeña cuenta conmigo:

Pasé 25 años, como analista, psicoanalizando. Trabajo más o menos 10 meses por año, descontando feriados, gripes y algunas merecidas rabonas -como diría Borges en su poema **Instantes**- en grises mañanas tristes de invierno. Ritmo enérgico que me lleva al insalubre saldo de cincuenta horas de trabajo por semana. Cada mes tiene cuatro semanas y un pucho, pero ese resto no cuenta.

Sumando:

25 por 10, por 50, lo que da 50 mil horas."

Cincuenta mil horas psicoanalíticas. Cincuenta mil horas de cincuenta minutos. La pila de ceros cría su irrealdad algorítmica, como si dijese que recorrí un año luz de diván. Millares de minutos hablando y millones de minutos escuchando o distrayéndome. Océanos mansos y turbulentos de atención flotante, donde a veces sentí la Gran Interpretación en la punta de mi lengua mental, arañando casi la comprensión de los grandes enigmas del alma. Pero también hice muecas invisibles de irritación inesperada. Hubo momentos en que dudaba de todo, en general y, en particular, de lo que estaba haciendo. "Fue una aventura".

Así comenzaba mi artículo: **El paciente de las 50.000 horas**, escrito para el Número de Bodas de Oro del *International Journal of Psycho-analysis*. La época: 1970, yo era un mandamás de la IPA. Ese artículo resultó ser mi carta de despedida de la institución.

Han pasado otros 25 años y calculo, casi sin quererlo, que alcancé las 100.000 horas, a pesar de las sesiones ser más cortas. Pero comencemos por el comienzo, punto de partida de este currículum nostálgico:

Nací en 1923, Benjamín, séptimo hijo de una familia adinerada que la imagino feliz. Buen niño, alumno aplicado, cursaba segundo año de medicina cuando pensé seriamente en colgar el bisturí para criar ovejas en la Patagonia. Como mi madre no se escandalizó frente a mi desistencia, perplejo, decidí no desistir.

Mi padre fue figura importante en mi entrada al psicoanálisis: ateo, *bon vivant*, jugador de bridge de torneo; un maestro del ocio. Gran lector, pasaba las tardes en su escritorio, leyendo la vida de los santos y la obra completa de Freud.

Y aquí viene mi primera confesión: el portal de entrada al psicoanálisis fue **La mujer frígida** de Stekel. Sus escabrosos e improbables historiales me seducieron, llevándome a desconsiderar las gélidas ovejas. Recuerdo el siguiente caso: una joven con incontinencia urinaria se vio asediada por alguien fijado en el estadio uretral de la libido. Resultado: un gran romance con aroma de pipí.

No es sólo por gratitud que recupero el nombre de Stekel. Él fue el padre del simbolismo y de la neurosis de angustia, pero la historia del psicoanálisis está repleta de injusticias. Un episodio, contado por Jones, quemó su reputación. Se trataba de un ensayo sobre la importancia de los nombres -del nombre del padre, sería-. Stekel reunió una casuística grande de pacientes cuyos apellidos habían influenciado en su profesión. Cuando Freud, incrédulo, le preguntó cómo consiguió tantos casos, Stekel respondió, -según Jones- con una sonrisa tranquilizadora: "Los inventé". Escenario altamente improbable, creo más en la versión indignada que da Stekel sobre este asunto. Digamos de paso que este tema de inventar historias es endémico en psicoanálisis, comenzando por Freud en su ensayo sobre **Recuerdos Encubridores** y el análisis del lapsus **Aliquis**, seguido por Hug-Hellmuth y su falso **Diario de una Adolescente**, de Anna Freud en su primer trabajo sobre fantasías de flagelación y de Melanie Klein analizando a sus hijos.

Comencé a analizarme, con Arnaldo Rascovsky, cuando tenía 20 y cursaba el tercer año de medicina. Todavía estudiante entré en los seminarios y tome la primera paciente, una enferma de Cushing, en estado terminal caquético. Aquí cometí tal vez el mayor error clínico de mi carrera: la paciente, agónica, pidió que le tomara la mano y yo, novicio, asustado, negué mi mano. Aun hoy en día, no me lo perdono.

Esta paciente pinta bien esa época en que se pensaba que el psicoanálisis podía curar cualquier cosa: desde el Cushing terminal hasta, por supuesto, el cáncer. Imagino que la APA en la década de los años 40 era parecida a las famosas Reuniones de los Miércoles en la Viena de 1905. Hablando de esos años, mi mentor Stekel nos deja este relato: *"Existía una total armonía en el grupo... éramos pioneros en tierras recién descubiertas. Freud era el líder. Chispas saltaban de nuestras cabezas y todas las noches terminaban en una revelación"*. Lo imposible era posible.

Mi tiempo con Rascovsky terminó en pelea. El motivo fue Melanie Klein. Con mi carrera comprometida en el Río de la Plata, decidí probar suerte con Paula Heimann en Londres, llevando conmigo una dosis respetable de paranoia. Cuando, pasado un tiempo, la polvareda sedimentó, constaté que el período rascovskiano había rendido sus frutos, sacándome de una adolescencia marcada por la inhibición y la puerilidad para convertirme en un joven e irascible batallador.

Londres, 1948, ciudad herida que lamía sus cráteres de guerra. Años duros y racionados, donde un huevo mensual era un lujo proteínico. La Guerra había acabado pero "La Gran Controversia" entre Anna Freud y Melanie Klein seguía explosiva. Mi grupo kleiniano casi no se hablaba con el grupo anafreudiano, y eso me llevó al absurdo de no asistir a los seminarios de Anna Freud (que era, dicho sea de paso, una eximia maestra).

Mojón importante, en 1950, cuando yo estaba en Londres, apareció el primer tomo de la biografía oficial de Freud de Ernest Jones. El padre del psicoanálisis de pronto aparece bajo una nueva luz con el episodio de la cocaína y la correspondencia con Fliess.

Conocí un Jones viejo y quisquilloso, polemizando con James Strachey y Balint. Asistí a los seminarios de Rickman, de Hilde Abraham y de Winnicott. Tuve supervisión con Klein, Bion y Marion Milner. Tomé el té de las cinco con Alix Strachey, servido por la bibliotecaria, Mrs. Lindon.

Mi pasaje por el diván de Paula Heimann fue una experiencia tan fuerte que puedo hacer mías las palabras de Strachey hablando de su análisis con Freud: *"Cada día, excepto los domingos, paso una hora en el diván del Profesor y el análisis ofrece una contracorriente para la vida. Ahora estoy más confuso que nunca, pero se trata de algo extremadamente excitante y, a veces, extremadamente desagradable, lo que me lleva a concluir que de algo vale. El profesor es amable y brillante en su virtuosismo de artista. Casi todas las sesiones se muestran como una unidad estética totalizante. Algunas veces el efecto dramático es devastador. Al comienzo todo aparece vago, una alusión oscura aquí, un misterio acullá. Luego el Profesor te da un toque y uno vislumbra un pequeño dato y luego otro y de pronto una serie de luces se encienden y, cuando la verdad total aparece, el Profesor se levanta y te acompaña a la puerta"*.

"Otras veces -Strachey continúa- uno se la pasa tirado toda la hora, con una tonelada de peso en la barriga, incapaz de proferir una palabra y creo que eso, más que nada, te lleva a creer que todo eso es válido".

Strachey tiene razón, la sesión es una "unidad estética totalizante", la mudez inclusive adquiere, como él dice, "un efecto dramático devastador".

Dos encuentros, fuera del diván, marcaron mi estadía en Londres. La primera fue el análisis de Hazel, una niña de 3 años y medio. Recuerdo el asombro de constatar que las cosas increíbles que interpretaba, eran confirmadas en la modificación del juego. La conclusión inevitable era "Pucha, así que el psicoanálisis realmente funciona?".

El segundo encuentro memorable fue con Bion en la clínica Tavistock. Asisto por tres meses como observador a las sesiones de un grupo terapéutico y, una vez más, constato que el grupo funciona. Me entusiasmo con Bion. Fue otra aventura.

A esta altura del campeonato la modestia es un estorbo. Fui un brillante discípulo de Melanie Klein. Tengo pruebas. Melanie Klein me confió el análisis de su nieta, Hazel. Junto con eso, fui solicitado para colaborar en el libro de homenaje por los 70 años de Melanie Klein, denominado **New Directions in Psychoanalysis**. Pero, como acontece en la vida, una voz, en el sótano de mi alma, me murmuraba "No será que sedujiste a la Señora Klein?".

La vuelta del hijo pródigo kleiniano, casi con acento inglés, fue triunfal. La estrella de Melanie Klein brillaba absoluta en el Cono Sur. Fui convidado a dar seminarios en el Sao Paulo de Adelheid Koch y en el Río de Pacheco; participé en la formación del grupo psicoanalítico de Uruguay.

Destaco tres flashes de los años 50. El primero fue mi continuado interés por el análisis de niños. Raúl, un niño mudo autista, fue el material de mi trabajo para el **New Directions**. En la ardua redacción del mismo tuve pruebas del talento de Enrique Pichón Riviere, su lectura de mi paper me llevó a reformularlo completamente.

En segundo lugar, Mimi Langer se cruzó en mi vida. Juntos dirigimos el primer grupo terapéutico y pasamos de la coterapia a una amistad que duró hasta la hora de su muerte. Escribimos, con Leon Grinberg, el libro **La Psicoterapia de Grupo** y fundamos la **Sociedad de Psicoterapia de Grupo de la Argentina**.

A título de curiosidad, hace poco releí el trabajo sobre el niño autista y me confronté con el dato de que lo analizaba con saco y corbata. Yo era un joven analista formal y convencional, como mandaba el manual de la APA. Mucha agua corrió bajo los puentes del río Paraná.

En tercer lugar, entra otra Langer: Suzanne Langer. Esta historia es tan redonda y bonita que nunca me atreví a contarla. Hoy, no sé por qué, me animo. Allá, por el año 1957, escribía un trabajo sobre simbolismo y, para terminarlo, decidí pasar una semana en una posada, con chimenea en el cuarto y silencio, que, ahora recuerdo, se llamaba **Allá en el Sur**. En la segunda mañana me topé con un ensayo de Marion Milner que, en una nota al pie conspicua, decía *"Si yo hubiese leído **Philosophy in a New Key** de Suzanne Langer antes de las pruebas de página de este artículo, su contenido sería diferente"*. Grabé el título y el nombre. Antes del mediodía decidí bajar a la aldea vecina para comprar papel y, en una pequeña librería, con pinta de pulpería, encontré el libro en una edición de bolsillo. Imaginen, Jung explica... Llevé el libro a la posada y me fasciné. Nunca un libro me llegó tanto como ese. Amor a primera vista. Instantáneo. Esa misma noche redacté una carta a la autora. Recuerdo una parte en que decía: *"Usted me hizo sentir inteligente"*. Sí, una declaración de amor. Acto seguido formulaba mi deseo de ser su discípulo. Seis meses se pasaron sin una respuesta. Nueva carta fogosa. Seis meses pasaron y nada. Silencio total. Una tercera carta más fogosa y, después de un mes, finalmente recibí un billete diciéndome que ella era una investigadora solitaria, con una fobia postal, que no tenía discípulos, pero que, dada mi insistencia elefantina (bueno, no dijo eso, pero se sobreentendía), podía hacer una excepción conmigo. Sugirió que procurase trabajo en la Clínica vecina de Austen Riggs, en Stockbridge, dirigida por Erik Ericsson y David Rappaport y que podría trabajar un día por semana con ella. Dicho y hecho, mandé fotos, currículum y seis meses más tarde me embarcaba con mujer y tres hijos.

Stockbridge resultó ser una aldea coqueta de 1700 habitantes, enclavada en los bosques de New England, a tiro de cañon de Woodstock. Cuna de Lovecraft. Stockbridge tenía la reputación de ser una joya de la arquitectura de New England. Su principal industria, después del turismo, era la clínica de Austen Riggs, una comunidad terapéutica pionera, subvencionada por la Fundación Ford.

La vida irreal en una aldea rica del Primer Mundo, con una cara de tarjeta postal. Las campanas de la iglesia tocaban *Happy birthday* el día del cumpleaños de tu hijo. Trabajaba poco, 3 o 4 pacientes por día, jugaba tenis en verano, cortaba leña en el otoño y esquiba en el invierno; no recuerdo qué hacía en la primavera. Una óptima biblioteca, seminarios y reuniones clínicas de alto nivel. Era un "viva la Pepa", un oasis sabático de cuatro años en el país de Mark Twain.

Ericsson y Rappaport, dos figuras marcantes y caracterológicamente opuestas. Ericsson, ya que se trata de un cuento de hadas, diría que Ericsson se parece a un Papá Noel jovial y mofletudo. Rappaport era un gurú húngaro de la Psicología del Yo. Un terror. Los gnomos de la región cuentan que había leído **La interpretación de los Sueños** 64 veces. A él le debo una lectura talmúdica del **capítulo siete**.

Todos los jueves salía de mañana para mi encuentro con Suzanne Langer. Ella era una mujer flaca, de más de 70 años, con increíbles ojos azules de pájaro. Vivía en una casa de madera en el medio del bosque y no tenía teléfono, radio, ni televisión, tocando (mal) su violonchelo en los momentos de ocio. Trabajaba, consultando sus fichas, 16 horas diarias, escribiendo 2 o 3 bellísimas páginas por día. Creo que Langer le mataba el punto a Rappaport.

Ella me enseñó Cassirer, lógica simbólica y me introdujo a Hegel, sin mucho suceso. Para ella el Yo era una ilusión, un juego de espejos. Pienso que le hubiera gustado Lacan. Fueron 4 años en los cuales me constituí en un fiel y dedicado oído. Como el Tipota de Rajnesh, yo fui su único discípulo de carne y hueso. Me despedí de ella con la triste certeza de que nunca más la vería.

Estar adentro de una comunidad terapéutica fue otra experiencia única, donde uno pierde el delantal blanco y se ve llevado a reformular la postura y el rol del médico. La comunidad terapéutica es el foro ideal para re-pensar la ciudadanía, el valor del trabajo y la ideología del castigo.

Como tenía práctica en grupos, me nombraron director del programa. Eso significaba que la mitad de mi carga horaria la podía dedicar a estudiar la comunidad y libre acceso a todos los archivos. Todo esto redundó en un libro: **La biografía de una comunidad terapéutica**.

Tanto la vuelta de Londres como la de Stockbridge me costó un ojo de la cara y hasta hoy mis sueños bucólicos se pasan en una aldea nevada con campanas tocando happy birthday.

Fue una aventura.

De vuelta a la querencia, comienza el cuarto acto, atravesados por fiebres políticas y de las otras. *No mezzo do camino*, acababa de cumplir 40 años, cuando un segundo gran amor se cruzó en mi vida. Nouné era una analista eximia, de bella voz con un dejo de francés, o suprasumun de la feminidad. Juntos escribimos un libro: **El contexto del proceso analítico**. En la misma época comienzo a escribir cuentos de ciencia ficción que publico con la dedicatoria de "A Nouné, esa marciana". Aquí me siento por primera vez escritor por derecho propio, sobre todo al lanzar una novela, **Heroína**, que fue llevada al cine.

En la década del 60 se estaba produciendo un cambio de guardia en la APA. La talentosa y pionera generación de Garma, los Rascovsky, Carcomo, Pichon Rivière, Racker y Marie Langer, comenzaba a ser amenazada por los hijos de la horda primitiva: Abadi, Cesio, Libermann, Bleger, Grinberg, Mom, Nouné y su servidor. Grinberg, Mimi, Libermann y yo formábamos lo que se pasó a llamar "El Grupo de Escobar". Jorge Balan, autor de un libro de feliz título, **Cuéntame tu vida**, nos describe de la siguiente manera:

"En Escobar se reunían los que fueron presidentes de la APA durante los años 60. Marie Langer, David Libermann, Leon Grinberg y Emilio Rodríguez que acababa de llegar de los Estados Unidos en 1963. Ellos compartían la perspectiva kleiniana y una actitud rigurosa sobre la formación analítica... Pichon Rivière y sus discípulos más próximos, Bleger y Ulloa, mantenían relaciones cordiales con un grupo de Escobar...pero no participaban de la política interna de la APA."

Digamos que fueron años donde experimenté el acre y embriagador gusto del poder. Estaba por dentro de los tejes y manejes del circuito de la IPA. Desde ese lugar, con el kleinismo en auge, comprendo perfectamente la arrogancia del lacanismo de los años 80.

Del mismo modo en que existe un trabajo de luto y un trabajo onírico, tal vez exista un trabajo del poder, ligado al procesamiento de la pulsión de muerte. Sea como sea, de procurar una esquina para mi virada política, yo diría que fue con el grupo Escobar. Así como Suzanne Langer fue mi gurú en lógica, Marie Langer lo fue en política, en el sentido maoísta del término. Melanie Klein y las Langers, mis maestros, son maestras.

Varios factores contribuyeron para la virada donde perdí el saco y la corbata. En la macropolítica soplabla el viento renovador del Mayo Francés y del Cordobazo, ambos acontecidos en 1968. Fueron los años de Woodstock, de la apertura sexual y de la Marijuana -mi cuarta maestra-. Una joven camada de analistas, algunos analizando míos, como Gregorio Barenblitt, Hornstein y Matracht, junto con Bleger y Marie Langer, influenciaron mi rumbo ideológico. En la época, sin quererla ni beberla, fui nombrado presidente de la FAP, Federación Argentina de Psiquiatras - Sección Capital.

Una sombra, un eclipse negro, fue la muerte no esperada de Nouné. Ella estaba en los cuarenta... Aquí se inicia el período más triste y agitado de mi vida. Marie Langer había enviudado meses antes. Sin saber nada sobre el **análisis mutuo** de Ferenczi y Groddeck, iniciamos un **análisis cruzado** que además de salvavidas en tiempo de naufragio, estrechó nuestro vínculo.

Como interludio, Moscú, 1970. Una maratón psico-existencial, encrucijada marcante que dejó como saldo cuatro amigos: Armando Bauleo, Hernán Kesselman, Fernando Ulloa y Tato Pavlovsky. Noches interminables en la azotea del Hotel Rossia, donde la bebida se pagaba con dólares. Altos debates con Marcelo Viñar y los García Reynoso, discutiendo política, amor, sexo y los avatares de la pareja. Fue el tiempo del amor entre los hombres.

También fue el tiempo de Plataforma, mi mayor apuesta en el campo de la política. Bauleo y Kesselman, eran los mentores de la idea. En Buenos Aires se constituyó un grupo, integrado por los padres de la criatura, cuatro didactas, Langer, los García Reynoso y yo y una serie de pesos pesados de la siguiente generación: Rafael Paz, Tato Pavlovsky y Rozitchner - 26 en total. Reuniones semanales de alto nivel. Grupo de riña, complicadísimo. En mi novela **Anti-Yoyo** escribo lo siguiente:

"Enloquecimos al salir de la jaula dorada de la APA. Nos faltaba juego de cintura. Calle y misericordia; no teníamos consciencia de nuestros límites. Vivíamos saturados de virtud revolucionaria."

Nuestra intransigencia nos llevó a rechazar el grupo hermano de **Documento**, liderado por Ulloa. Tal vez los grupos de ruptura tengan que ser crueles, amigos de la guillotina. No olvidar, tampoco, la trascendencia del acto: casi 40 analistas -contando **Documento**- se dan el lujo de romper bajo protesta, explicitando las razones del corte. Hasta ahora la IPA había excomulgado a Reich y Lacan. Ahora nosotros la excomulgábamos. Fue un acto histórico, un pivot en la historia del movimiento psicoanalítico. Antes de Plataforma no existía información analítica fuera de la IPA.

Para mi fue una decisión difícil de tomar. Creo que, en el fondo, soy un conservador de alma y las instituciones saben hacerse de nido. La APA era un súper seguro de vida.

En estos días, pensando en Plataforma, de pronto comprendí por qué la mayoría de los platafórmicos odian a Lacan. De chico había una rima que decía: "Este dedito puso un huevito, este dedito lo cocinó, etc...y este dedito lo comió". Bien, armamos un nido alternativo y pusimos un huevito y Lacan se lo comió. Tal vez eso explique mi dificultad inicial como la lectura de Lacan.

Y así llegué a los 50 años. Fiesta en casa de amigo rico. En el zaguán, Marie Langer me espera con una copa de champagne y me dice:

"Bienvenido a la logia de los 50 años".

Me llevó al jardín, hablando en voz baja, como gitana, por más de media hora, con acento austriaco y un brillo en los ojos. Me dijo que los padres tienen que ser huérfanos de hijos, del Secreto de Sócrates, de la jubilación con júbilo, de comenzar de nuevo, de desesperación versus sabiduría. Ella dijo muchas más cosas que no recuerdo pero creo que esa pequeña ceremonia, bañada en champagne, marcó el fin del luto. Estaba pronto para comenzar de nuevo. A partir de ese momento asumí mi deber deseante. De esa forma entré en el próximo acto de mi vida, marcados por la orfandad y el exilio.

Dejé la Argentina poco después de la muerte de Perón, en 1974. Quedarse era peligroso. Dejé la Argentina con mi tercer casamiento. Martha Berlin era un águila de mujer. La recuerdo más como terapeuta y compañera de aventuras que como esposa. Con ella formamos el grupo de Salvador, Bahía, llevando durante 4 años la vida de trotamundos. Siete meses en Salvador, cuatro en Madrid y vacaciones en París. Era un ostracismo con ostras y vino francés; pero cansa vivir sólo de ostras.

Martha y yo, en ese entonces, trabajábamos con grupos, usando técnicas de laboratorio y psicodrama -ella era una excelente psicodramatista-. Demás está decir que me alejé de la ortodoxia analítica. Como a menudo se trataba de terapias breves, inventé una técnica que los madrileños llamaron de **sauna** y los cariocas de **shampoo**. El tratamiento completo tomaba una o dos sesiones; era una terapia individual que duraba 4 o más horas, en las que aplicaba con los pacientes todas las técnicas de laboratorio.

En realidad, recuerdo esos años como un interminable sauna, estimulante pero agotador. Con el correr del tiempo creció el anhelo de una casa definitiva, de un jardín, de un canario. Entonces, Martha y yo nos instalamos en Salvador Bahía definitivamente.

Radicado en la Roma Negra se dio mi retorno a Freud. Comencé a analizar mis pacientes en un enorme diván, parecido a cama de motel, donde los pacientes elegían su lugar, sentado, acostado, atravesado y yo, a mi vez, me colocaba a una distancia apropiada para la ocasión. Mi sintaxis interpretativa dejó de ser "Si...pero", substituida por "Eso y también". Soy un analista metonímico. Un libro, escrito con Syra Tahin de Lopes, **Un sueño de fin de análisis**, da cuenta de esa transformación.

La escritura volvió con fuerza. En quince años escribí una tetralogía. Libros difíciles de encuadrar. El estilo parece biográfico, pero no lo es: **la intención era otra**. El presente ensayo es más biográfico.

Con Martha Berlin escribí **El Anti-Yoyo**, que puede ser considerado una aventura amorosa en el exilio. Luego viene **La Lección de Ondina** que lleva un subtítulo que se las trae: **Manual de Sabiduría**. A continuación, **Ondina, Supertramp**, que transita el camino erótico de la Ética. Gigante por su propia Naturaleza, cierra la tetralogía.

Gigante merece un comentario. Habla de mi amor por Bahía. Hace tiempo, cuando por un problema de visas, corría el peligro de ser deportado, escribí la siguiente carta:

"Querida Bahía, esta es la carta de un forastero que encontró una tierra a la medida de sus sueños. Escribo desde el miedo que tengo de perderte, perder tu cielo, la gente, los coqueros, las buenas vibraciones. Puedo perderte, Bahía y de pronto comprendo que en el límite de un gran amor está la muerte. Hoy no te hablo como analista, no como escritor, ni como el hombre notable que soy. Hoy te hablaré como enamorado, única llave para abrir la intimidad de tus puertas".

Soy un exiliado que inventó su tierra. Bahía es **Graça**. Hace 8 años que vivimos en Itapoan, al borde del mar. Camino la playa, en transferencia con las palmeras, analizo y escribo. A veces los pescadores me preguntan si soy pariente de Vinicius de Moraes y yo sonrío y doy a entender que soy.

Trabajo en casa y tengo un buen computador. Me tomó seis años escribir la biografía que estoy lanzando hoy. Trabajé como un mono, siete días por semana, 24 horas por día, porque soñaba con Freud. Al analizarlo, él me analizó. Esa fue la mayor aventura de mi vida.

Ya antes de terminar la biografía me preguntaba: ¿Y después qué? No daba para escribir la biografía. Digamos, de Anna O. y de pronto tuve una idea, usar todo el material de la biografía para lanzar una **Enciclopedia on-line de Psicoanálisis** vía Internet. Llevo un año trabajando con un grupo de jóvenes analistas.

Próxima parada, el Reveillon de Año 2000. La leyenda personal busca su geografía fantástica, lugar ideal para celebrar la llegada del nuevo milenio. En mi caso elijo Salvador, la Roma Negra, en el ombligo de los caminos que el destino forjó. Lo pasaré al borde del mar, frente a mi casa, brindando con el mundo, admirando los fuegos artificiales y las luces distantes de la ciudad, junto a la espléndida gracia de Graça, mi mujer.

Rosario, Octubre 1996



Esta obra está bajo una licencia Reconocimiento No Comercial Compartir Igual de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/byncsa/2.1/es/> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.